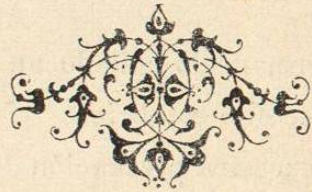


— Que le dejo á la señora mis habitaciones.

— ¿Y usted?

— Me marchó con Zanetti, con el ordenanza, con cualquiera.

Y esa noche dormí en el cuarto que había habitado mi pobrecita Eugenia, para levantarme al día siguiente á ver alcaldes y regidores, señoras y floristas, poetas y generales, y para activarlo todo de manera que los del cortejo se lo encontraran ya listo y arreglado.



## CAPÍTULO II

### La entrada

**L**EGUÉ á Guadalupe á las nueve en punto, y poco después de mí se presentaron los tres obispos, Labastida, Munguía y Covarrubias; iban en un coche que por lo charolado y elegante denunciaba que apenas había salido de la fábrica. Poco después fueron llegando muchísimas gentes luciendo trajes charros. Allá desaparecieron entre nubes de polvo los alamares de las chaquetas, las botonaduras de los pantalones, el oro de los sombreros y los colores de las tilmas. Una sección de artillería mexicana se colocó á la izquierda de la iglesia; seis compañías de zuavos entraron al templo y permanecieron toda la mañana en posición de descansar las armas...

Al fin desembocaron dos coches en la plaza de la Villa;



uno era de Escandón y otro de Lizardi; iban tirados por ocho caballos cada uno y llevaban cocheros y lacayos de librea; dentro estaban doña Carlota Escandón, doña Paz Elguero, doña Ignacia Morán y doña Leocadia Molinos de Arango.

Saludé á las señoras, y tras de sentarme en el primer coche partimos para los llanos de Aragón. Ya estaban allí como doscientos carruajes, casi todos flamantes, casi todos tirados por lindos caballos y casi todos ocupados por bellísimas criaturas. Claro es que no faltaban ni las carracas que arrojaban hierros, madera y polilla á cada movimiento, ni las viejas finchadas que, á pesar de tener una pata en la sepultura, pretendían echársela de pollas, ni los jamelgos tristes y llenos de lacras que tiraran de los coches con todo dolor de sus huesos; pero en general, carruajes, caballos y mujeres valían la pena y no hacían mala figura.

- No sé quién dijo, pero me parece que fué un viajero francés, que mientras en todas partes las gentes gradúan sus necesidades, y después de comer bien determinan vestirse como figurines; luego mandan amueblar la casa; después compran habitación; y sólo cuando el dinero sobra adquieren coche, aquí pasa todo lo contrario: primero se compra coche; luego se adquieren muebles finos para que las visitas se pasmen de la importancia del dueño de la casa; después se sacan á crédito trajes y sombreros y al

fin, si el dinero sobra, se gasta en viandas para comer y en camas y colchones para dormir.

Ese día me convencí de cuánta razón tuvo el que tal dijo: gentes que vivían en cuartuchos de vecindad; familias de empleadillos de á ochenta pesos; sujetos que en la mesa no pasaban de los consabidos sota, caballo y rey, ese día andaban suponiendo y dándose un pisto que ni el gran Mariscal de la Corte.



Mas ¡qué riqueza en los trajes, qué distinción en los tocados, qué gracia tan soberana con la que manejaban el abanico y se cubrían con la sombrilla aquellas mexicanas, tan distintas de las ayancadas de ahora, como el agua del aceite!

Buen rato teníamos de haber llegado cuando vimos una polvareda que avanzaba por el rumbo del Peñón, y á poco notamos los negros barboquejos, los gorros de piel, los



cordones de oro, los sables relucientes y los caballos sudosos de los húsares franceses.

— ¡Ya vienen, ya vienen!...

— Ahora sí son...

Pero no eran; la polvareda se calmó y como á la media hora desembocó un tropel de charros con los sombreros á lo maldito, echando caballazos y metiéndose entre la gente que les cercaba. Venían cubiertos de polvo, sonrientes y satisfechos por ser nuncios de la llegada de los esperadísimos monarcas. Permanecieron como en expectación en una pequeña eminencia situada hacia el lado de Guadalupe, y cuando apareció algo que á la cuenta estaban aguardando, vimos á don Joaquín García Icazbalceta (tres veces famoso por su vida inmaculada, por sus obras históricas y por sus obras de caridad), le vimos — parece que es este momento aquel memorable — bajar el recuesto de la loma, clavar las espuelas á su grullo, soltarle la rienda, alzarse con la mano derecha la falda del sombrero, pararse en los estribos, y al llegar cerca de los coches, gritar con entusiasmo:

— ¡Viva el Emperador!

Como si no se esperara más que aquella señal, las señoras que ocupaban los carruajes se bajaron á toda prisa y corrieron á encontrar á Sus Majestades, que avanzaban entre la polvareda dorada que levantaban las seis mulas rosillas de su carruaje. Las precauciones de Almonte y los



... corrieron á encontrar á Sus Majestades...



estudios de Mangino y de Pereda quedaron como si no hubieran sido: la fila de coches se desordenó; las damas que debían esperar de pie en lo alto de sus forlones, bajaron á toda prisa; los charros corrieron á cercar la carroza del Emperador, y durante un buen rato todo fué alboroto, bulla y confusión; no se oía sino:

— ¡Viva Maximiliano!

— ¡Viva Carlota!

— ¡Vivan Sus Majestades!

— ¡Viva nuestro Emperador!

— ¡Viva Leopoldo I!

— ¡Viva Francia!

— ¡Viva el general Bazaine!

Yo vi, yo vi á las Vázquez, á las Domínguez, á las Frauenfeld, á las Vegas, á la Pepa Salas, á doña Anita O'Gorman, á las Villares, á Julia Campillo, á Victoria Tornel, á Concha Adalid, á Loreto Paredes y á tantas otras olvidadas hoy, pero dueñas en aquel tiempo de los cetros de la moda y de la elegancia y del linaje, con lágrimas en los ojos, con el cabello suelto, ajados los trajes, y disuelto y extendido por el rostro el colorete de las que lo usaban, gritar á voz en cuello:

— ¡Viva, viva nuestro Emperador!

— ¡Mírele usted qué lindo!

— ¡Ay, qué güero tan primoroso!

— ¡Bendito sea Dios que te trajó!



Recuerdo los nombres, pero no los diré aquí, de dos señoras, una vieja y desdentada, otra guapísima y llamada después á tristes destinos, que sufrieron síncope al mirar al Emperador dirigir saludos á derecha é izquierda con su sombrero de copa gris perla, encantado de la acogida franca y cariñosa que le hacían.

Don Hilario Elguero movía las manos, gritaba, se ponía de todos colores pidiendo silencio; mas no cesaban las aclamaciones ni un solo momento. Al fin se calmó un poco el estrépito, y don Luis Cuevas, con su cara de enfermo crónico y su mechoncillo *coup de vent*, estilo restauración, empezó á leer un discurso del que no se oía ni una palabra, porque á lo débil de la voz del orador se juntaban el ruido de la gente y la conmoción sincera y justa de don Luis.

El Emperador, sereno pero satisfecho, empezó á hablar con voz muy clara: «*Mexicanos: la amistosa y sin igual acoquida con que me osequidís...*»

En ese instante las señoras se acercaron á la carroza real, y los jinetes *rasparon* sus pencos y se abrieron paso entre el gentío. Don Juan Vértiz, don Antonio Echeverría, Barron y Escandón, que se encontraban en primera fila, desaparecieron inmediatamente y fueron sustituidos por un mocito de tilma verde, por un general mexicano llenito de condecoraciones sacadas de su caletre y por un sacerdote franciscano caballero en una mula de color isabelino; quedaron á la vista muchos oficiales franceses, y

entre la orgía de uniformes, de cordones, de quepis y de medallas ví unos ojos que me miraban dulce, suave y amorosamente, pero al mismo tiempo con imperio, con brío y con fuerza que no les conocía. Quedéme mirádoles y conocí que me habían vencido, que eran dueños de mi albedrío por toda la vida, y lo que era más, que habían los tales ojos penetrádose del imperio que ejercían sobre mí: eran los ojos de Lapierre, que no tardaron en ocultarse entre el tropel de fisonomías indiferentes.

Cuando estaba sofocada por aquella emoción, doña Leocadia Molinos se me acercó y me dijo al oído:

— Ahora es la nuestra; á ver si nos dejan, pues tenemos que abrirnos paso. ¿Dónde estarán las demás? Allí las veo y por cierto que están sin aliento... Es claro; tanto gritar había de hacerles daño... Usted será quien entregue el escrito...

— ¿Yo, señora?... Pero si no... pero si no puedo... Figúrese usted qué iré á decir...

— Hija, ¿pero quién lo había de creer de usted? Dizque teniendo las despachaderas que le atribuye la gente, sufra usted de esos romanticismos... Claro, sí, todos tenemos que impresionarnos por la llegada de Sus Majestades; pero no tanto... Está usted como un papel, como un pan de cera... ¡Y eso que ya les conocía!

A poco volvió diciéndome:

— Carlota será quien entregue el voto de gracias...



Puse en manos de Carlotita Escandón la carpeta de carey con incrustaciones de plata y me acerqué á la calesa imperial acompañada de las otras damas. La Emperatriz me dió la mano, escuchó lo que le dijeron, y al leer el manuscrito, hecho con fina letra de Palomares, nos vió de través, frunció el ceño, se mordió los labios y exclamó en voz alta:

— ¡Cuán amables sois en traernos estas cosas!... Aquí están señalados nuestros deberes para con la religión... y podéis estar seguros de que los cumpliremos siempre que podamos...

Subimos de nuevo á las carretelas, y por suerte me tocó la compañía de una viejecita sorda y casi ciega que había sido dama de honor nada menos que de la bella Anita, como llamaba á la romántica esposa de Agustín I. Cuando los ojos se fatigaban contemplando aquel desfile de carruajes dorados, de negros penachos, de gorrillos á la *bavolet*, de sombreros charros, de machetes relucientes y de sombrillas variopintas, que parecían gigantescas flores crecidas en búcaros movedizos, sentí que *algo* se acercaba á mi coche, como siente la oveja la llegada del león que la va á devorar. No tardó Aquiles en enfilear mi carruaje, refrenando no sin dificultad la furia del alazán dorado, inquieto hacía buen rato por los gritos, las aclamaciones y el repiqueteo de las armas.

— Josefina, buenos días, me dijo alegremente.

— ¿Por qué me llama, pensé, por mi nombre de pila, cuando es la segunda vez que me habla en toda su vida? Le he de marcar el alto. Pero en vez de lo que pensaba le dije: «Hola, vizconde; ¡qué fortuna de verle!... No sabía que estuviera por aquí.»



— Tampoco yo sabía que hubiera venido usted, contestó mintiendo con igual descaró... Pero ¿por qué me llama usted vizconde? ¿Acaso es para reprenderme porque no la doy el tratamiento? Pues bien, señora condesa y hermosa amiga...